

II. LAS CUATRO ESTACIONES JUNTOS

“The hand that signed the paper felled a city...”

Dylan Thomas

I

A partir del otoño medíamos cada palabra entre nosotros, con un cierto rictus de Impasibilidad, bastante insolente y absurdo, al igual que nuevo.

De este modo, ella me decía:

-¡Hoy no ha muerto ni una sola mosca. Ni en los mares en reposo, ni en las Ciudades llameantes, ni siquiera en las cumbres imposibles!

-¿Cómo lo sabes?-no tardaba en preguntarla.

-Muy sencillo, pues de lo contrario, ninguno de los dos continuaría aquí, junto al Otro-ella se apresuraba a concluir.

Ella siempre fue una ágil presa de lo inmediato, lo banal y lo cierto. Lo que, por Aquel entonces, me resultaba demasiado inaguantable. Así que buscaba aquellos Lugares donde, lejos de su pasión y encantamiento y, como quien, condenado en Vida, porta su pesado ataúd de roble a su frágil espalda, dar rienda suelta a mi Locura innata. Al anochecer, caminaba por los cementerios de nuestra ciudad Ebrio, rogando a los muertos de mi ciudad por nuestro pobre destino. Al volver a Su regazo al rayar el día, el gallo tardaba en cantar, condenándome a cientos de Escarchas. No obstante, ella no tardaba en acunarme, arroparme y balancearme. Permitiendo que mis lágrimas, ya fuesen de agua dulce o salada, cristalizaran en Las más indescritibles formas. Entonces, nos mirábamos a los ojos como quien Contempla una obra de arte, esbozábamos leves sonrisas de amargura y las

Palabras holgaban en aparecer. Después, contemplando la cerda en el fangal, yo

Decía:

-¡Esa cerda está tan sumamente gorda que resulta incapaz de dar un solo paso!

Las mejillas de ella enrojecían y una leve sonrisa se esbozaba por si misma en su

Tenue rostro. Era como si la lejana primavera acabase de renacer sólo para

Nosotros. Me apartaba de su lado y ella comenzaba a aporrear el viejo piano, ya

De por sí destrozado. Poco después, las notas revoloteaban libres por el frío cuarto

De nuestra humilde chabola, espantando xilófagos del papel y termitas de la

Madera. No se trataba de una obra concreta. Tan sólo se era una improvisación.

II

Los geranios se morían, el agua se envenenaba y la leña escaseaba. Mi capullo

Todavía goteaba levemente, el semen se derramaba como la resina en la corteza

Del árbol. Ella rápido se aprestaba a acariciarlo, besarlo y lamerlo, como si de

Algo invisible se tratase. Yo cerraba los ojos, suspiraba, dormía y soñaba.

Entonces, yo era más humano que en cualquier otro momento de mi vida. Pero, no

Obstante, en lugar de cabellos tenía crines y, en vez de pies, horribles pezuñas.

Así que comenzaba a cabalgar bajo el sol, como un potro desbocado, sin destino

Fijo que seguir ni espuela que sentir. Días y noches después, comía hierba en un

Prado y bebía agua de un arroyo. Era en un bellissimo hayedo norteño. La luna Se escondía. Ella no era más que un bello recuerdo. El musgo se tornaba Omnipresente en cada roca. Así que ahora los destinos se multiplicaban hasta el Infinito. Desconocía cuál tomar. Me sentía absolutamente atolondrado. De tal Modo, consentía que mis sentidos me guiasen, pretendiendo mitigar el intenso Poder de mis instintos. Minutos después, me hallaba envuelto en orín y con la cara Contra la pared. Pesadamente, conseguía arribar hasta el espejo, desvencijado y Sucio, del aseo de nuestra chabola. Mi rostro era un poema de verso libre, sin Reglas ni formas a las que aferrarse. Permitía que mis dedos auscultasen en vano Lo perdido de sus sombras, que recorriesen sus callejones sin salida con la Impaciencia precisa, que fotografiasen aquellos detalles aparentemente más Indeterminados. Ella no tardaba en levantarse, en acariciar mis cortos cabellos, Ni en clausurar mis ojos ciegos.

III

El polvo sobre el piano resultaba exagerado. Parecía capaz de desafinarlo de un Golpe brutal y seco. Mientras que las lagartijas y salamandras, constantes y ágiles, Que deambulaban por el suelo, capaces de comérselo bocadito a bocadito. Ella Estaba tumbada desnuda sobre nuestro camastro. Su carne era un abuso, nada

Avivaba en mí. Y poco me importaba sí, al sentir mi contrariedad, ella a su vez, Sentía un hondo penar en su interior. Para mí, sus pezones languidecían. Eran Picos de nieve artificial. Su bello, un atentado. Lloraba. De un portazo, salía a la Calle con la vana intención de conocer el lugar dónde las lágrimas caen. Ya de Noche, drogado y destrozado, caminaba por un túnel, esquivando autos a gran Velocidad. Tenía frío, mucho frío. Las luces parpadeaban, el vaho formaba nubes Imposibles. Algunos conductores se mostraban atónitos ante mi ciego devenir, Otros se limitaban a omitirme. Mi bufanda era roja, como mis ojos. Sonaban el Claxon, giraban el volante. Me sentía intocable, inabarcable e impredecible. Después, aparecía un nuevo túnel, y otro, e incluso, otro más. Los autos elegían Sus diversos destinos, yo también. Al amanecer, de nuevo, ella estaba frente a mí. Desnuda ante el piano. La música era sorda. No prestaba mucha atención, quizá Fuese demasiado bella para mis oídos. Así que miraba por la pequeña ventana de La salita, descubriendo los espantapájaros de los campos cercanos cubiertos de Petróleo y polvo. Aunque las vetas del mármol resultaban imperceptibles, Parecían esculturas ancestrales en bulto redondo. Hieratismo, ley de la frontalidad, Perspectiva jerárquica y ojos almendrados. Rostros pálidos, figuras escuálidas, Formas y volúmenes imposibles de descodificar. La tierra era arrebatada por el Cielo, mientras que el agua era llevada por el fuego. Nada restaba en medias. De Pronto, un silbido feroz me obligaba a girar la vista. Ella me hacía diversas Señales, reclamando mi presencia junto a sí. Nos mirábamos, sonreíamos y, Enseguida, nos abrazábamos. Cielo azul, ángeles volando. El universo hallaba un

Diminuto espacio dentro de mí. No tenía el menor coraje para afrontar tal Situación.

IV

Era octubre. Hacía frío. Acababa de llover. Se trataba de una lluvia finísima, casi Imperceptible. Era un amor inmenso y loco, sin límite ni confín, el que nos Mantenía a flote. Cobijándonos de los demás, pero no de nosotros mismos. Yo Sentía una profunda vergüenza de mí mismo, de los bosques de donde provenía y De los ciervos con que me crié. Pero, enseguida, una vez más, ella enjuagaba mi Llanto. Por momentos, ella era capaz de acudir hasta el corazón dentro de esa Inmensidad, de sentir la antigua envidia, de bañar sus ojos en sangre. Y por fin, Ofrecerme todo aquel odio, con la ira más profunda y dolorosa, en una bandeja Dorada. La inundación se avecinaba. Sentía voces mudas a mi espalda, ojos Ciegos frente a mí. Caminaba despacio, permitiendo que el fango se aferrase Sobre las finas suelas de mis sandalias de esparto, hasta hacerlas parecer de Hormigón armado. Ahora, la cerda andaba ligera y presta a remozarse en el lodo, Las gallinas se peleaban y las palomas me cagaban. En lugar de octubre, parecía Enero. Por momentos, se trataba de vidas secas. Los fusiles no tardaban en Apuntarnos. La niebla descendía sobre los espantapájaros, nuestra chabola y los

Cerros detrás, donde la miseria se extendía con absoluta impunidad. Niños Hambrientos, ríos de orín. Al amanecer, con sus sucias manos, éstos escarbaban En el lodo y en la basura hundida, extrayendo fabulosos manjares con los que Alimentarse. Al anochecer, descendían a la ciudad, se bañaban en la mar, se Masturbaban en su hondura y soñaban. Pero, ¿quién sabe con qué?

V

Ella me decía:

-Daniel, el cierzo muere, mientras nuestra unión se fortalece. Pero, ¿acaso eres Capaz de sentirlo? Yo creo que no. No eres capaz en modo alguno. Y lo peor es Que no desearías sentirlo. ¿Acaso me equivoco? Por favor, contéstame. Te lo Ruego. Dime algo sobre ello, no te pido más.

Yo la miraba inexpresivamente y, sin moverme de la silla de mimbre, huía como Un lobo herido. Por lo que ella no dudaba en perseguirme, dándome presa bajo Un ciprés. Serena, comenzaba a recordarme el día en que nos conocimos y todo lo Que vino después. Para mí, sólo fue una noche de ira y angustia. En que, Mientras jugábamos al borde de un precipicio, la calma del verano se reflejaba Sobre nuestros cuerpos. Por lo que ningún detalle significaba absolutamente nada,

Condenándome al más profundo olvido al respecto. Mientras que, para ella, todos
Esos detalles eran cruciales. Enseguida, explicaba:

*“La miseria de cada cercano rostro era escrutada con suma severidad por mis
Ojos ciegos, mientras que la decadencia de cada lejano paso era omitida, con
Descomunal indulgencia, por mis perdidos pies. Súbitamente, comenzaba a llover
Sobre el asfalto de nuestra populosa ciudad. Americanos, africanos, asiáticos y
Europeos se resguardaban de su creciente fuerza del mismo modo. Como si ésta
No emanase del propio cielo, sino de las flameantes chimeneas que se insinuaban
En la distancia. Así, los ciudadanos de nuestra horrible ciudad no tardaban en
Alejarse de la cercanía de la peligrosa mar. Pero, mientras tanto, en la acera de
Enfrente, tú entregabas tu cuerpo a la lluvia como quién se da al amor. Tu rostro
Pétreo era de un tiempo pretérito, desconocía cuál, mientras que tu cuerpo roto,
Absolutamente contemporáneo. Arqueabas tus brazos y te contraías. Todo tu yo
Se mostraba sin miedo. Retorciéndote como uno de esos vulgares actores que, sin
Importarle lo más mínimo exhibir su absoluto y certero dolor a los ojos bizcos de
Los demás, pretende ser un perro o caballo, ave o serpiente, mariposa o gusano.
Apropiándose de manera vulgar y mecánica de sus órganos vitales, sentido del
Oído y olfato, sexualidad y preñez. No obstante, las gotas de lluvia no tardaban
En convertirse en cristales que, sin la menor compasión, cortaban tu pálida piel.
Tú gemías diversas palabras absolutamente ininteligibles que nadie, siquiera yo
Misma, era capaz de desenmascarar. Tu calor era el alma de cada hoja*

*Arrancada por tus sucias manos. Mientras que, tu frío, la sangre de los animales
Desgarrados, por tus dientes amarillentos, a horcajadas terribles.
Contemplándote, no resultaba nada sencillo hallar un rastro de luz a su espalda”*

VI

Una tarde cualquiera, al compás que marcaban las gotas de lluvia sobre los Plásticos, maderas y muros de adobe, numerosas ratas grises comenzaban a Descender las colinas templadas de las chabolas, hasta rozar nuestros cuerpecillos Cálidos y escalar las cordilleras frías del alma. Sin siquiera pretender abrir Nuestros ojos azules, ni cerrar nuestras bocas ya casi desdentadas. Era obvio Cómo nuestra chabola ya no era de oro y plata. A su vez, las arañas, a medida que Surgían lentamente de cada rinconcito, abrían sus ojos cínicos y cerraban sus Cuerpos voluptuosos. Mientras tanto, nosotros engullíamos los alimentos podridos Por el moho que pedíamos a los basureros y recogíamos de las sobras de los ricos. Por tenerla junto a mí, yo me consideraba un bandido. Mientras que ella, por estar Junto a mí, se consideraba una vulgar prostituta. Extendíamos pintura roja sobre Las palmas de nuestras manos para, con diversos dibujos amorfos y arbitrarios, Emborronar los muros de la chabola. Después reíamos, jugábamos y Copulábamos. Vivíamos un fabuloso pecado que engalanaba tanto cada bocanada

De aire fresco que inhalábamos, así como cada bocado que ingeríamos. Quizá por Ello, no había el menor odio ni orgullo ni en su interior, ni en el mío, hacía el otro. Tan sólo algo de conmiseración. Nos disponíamos a cambiar las sábanas y, Mientras yo permanecía en absoluto silencio, ella entonaba una canción Antiquísima. Que hablaba sobre los bandidos de los valles y llanos abandonados. Nada más concluir, como dos niños malos en un internado, iniciábamos una Intensa batalla de almohadas. En que las plumas, como pedacitos de nubes rotas, Caían en desbandada. Yo jamás tuve infancia, ella jamás tuvo madurez.

VII

Como una niña pizpireta, ella volvía a morderse las uñas una y otra vez. Mientras Tanto, sin porqué, yo tan sólo podía contemplarla con cara de recién divorciado. Deseando poder resultar tan sumamente fuerte y despreciable como para Levantarme, alcanzarla y propinarla un puntapié en toda la geta. Lo inconcebible. Algo así como acostarse en una glaciación y despertarse en otra. Lo indecible. Algo así como haber nacido el día imposible en que el románico se travistió en Gótico. ¡Derramar nieve sobre sus pobres cabellos mediante movimientos Circulares y restregarla con fuerza hasta verla llorar! Lágrimas y mocos, sangre Caducada. Ella no tardaba en preguntarme:

-¿Qué me hizo llegar hasta ti? ¿Qué acto tan admirable realicé, qué palabra tan Horrible silencié, como para merecer vivir esta imponente felicidad?

Minutos después, yo explicaba:

-Fue tan simple como cerrar tus ojos con las palmas de mis manos.

A la mañana siguiente, ella extendía esas mismas palmas de sus manos al cielo Abierto. Y sollozando, contemplaba con asombro cada una de sus desbandadas Líneas.

VIII

Durante aquellos días, todo lo concerniente a nuestra existencia material, la Biblia Sobre la repisa, el bote de champú, la bandeja de plata quemada, los periódicos Rotos o la manta con un gran agujero, resultaba poco relevante. Ninguna pregunta Nos desagradaba, ningún silencio nos incomodaba. Por su parte, la música y la Poesía nada dejaban de darnos ni de tomarnos. Por tanto, a menudo, nos Mirábamos a los ojos y citábamos frases aprendidas de memoria en tiempos Soñados, como dos vulgares maniqués. Pues ambos adorábamos la paz en la Guerra de los tiempos pretéritos.

IX

Súbitamente, su voz muda, que se transformaba en un murmullo ronco, me Atravesaba por completo, abriendo mi alma de par en par. Era grave y altiva, Pintada toda ella de color negro. En sus palabras, teñidas de sudor y muerte, se Sucedió diversas confesiones acerca de los pecados, por pensamiento, obra u Omisión, cometidos por ambos, desde que nuestra convivencia comenzó. Nos Arrodillábamos, rezábamos y llorábamos ante el altar de la locura. Ninguno de los Dos tardaba en cerrar los ojos y comenzar a levitar. Después, de vuelta a la Realidad cotidiana, su voz era el eco de una casa deshabitada en la ribera de la Mar, donde antes los marineros precisaban de la belleza y hondura propias de la Mar, para nada más que sus manos lavar.

X

Contemplándola al anochecer, no tardaba en decirme a mí mismo:

“Madurar debía consistir en desconfiar de la condición humana”.

Poco a poco, para nosotros dejaba de amanecer. Así, era como vivir de noche todo El día. Al igual que un buen árbol da buena sombra, me sentaba bajo ella y Descansaba durante varios siglos en menos de un segundo. En la noche imposible,

La miseria y lo irracional, con sus grandes dosis de sublimidad y romanticismo, Nos pertenecían a partes iguales. Así nos convertíamos en un cliché de nosotros Mismos. Era como si extrajésemos arena de nuestro reloj con un gran saco. Uno la Arroja al rostro del otro. Y enseguida, éste no tardase en responder, con una Cantidad todavía mayor. Después, ambos recogiésemos la arena en el saco. Y Enseguida, la volviésemos a depositar en el interior del reloj.

XI

En un momento que no consigo recordar del todo, esbozando una leve sonrisa y Chasqueando los huesos de los dedos, ella me preguntaba:

-¿Cuál es tu primer recuerdo?

Unos segundos después, yo explicaba sin el menor entusiasmo:

-Una televisión destartada en un salón decorado con papel de pintar de color Caoba y motivos florales. Mi hermano llorando sentado sobre el frío suelo, mi Madre consolándolo, mi padre mordisqueando una chuleta de cerdo. ¿Qué Programa emitía la televisión? No lo sé con seguridad. Pero creo que era un Documental sobre la fauna ibérica. Era invierno. Había vaho en los cristales. Todos sentíamos un mayor regocijo. De hecho, creo que entonces éramos Medianamente felices.

-¿Cuántos años tenías entonces?- como sin molestar, volvía a preguntar.

-Cuatro ó cinco-respondía con algo de sequedad.

Ambos soltábamos una leve carcajada. Ella se acercaba hasta mí y, con su dedo Índice, cerraba mi boca. Rápido, entendía que ella no tenía ningún recuerdo Primero.

XII

En las noches de salvaje aflicción, era cuándo ella y yo más nos odiábamos.

Entonces, nuestras promesas de amor nada valían, rompiéndose como la sentencia De un juez, en mil pedazos. O, de lo contrario, borrándose como un corazón de Tiza pintado en una pared callejera, con un aguacero. Entonces, ella acariciaba Mis hambrientos cabellos. Y me contaba las historias de honor y pánico, que Siempre anhelaba escuchar. Como al niño que jamás tuvo ni tendría, revelaba:

“...En medio de un tenebroso bosque, el grillo yacía permitiendo que la noche Prendiese su alma. Mientras sus pulmones, como encharcados por los bacilos Tuberculosos, renacían tan sólo para morir. El grillo soñaba tenebrosas Pesadillas que le ayudasen a olvidar la reciente pérdida de su amada. Y es que, Ésta había sido humillada, ajada y trasnochada, por el perverso ataque de un Saltamontes poco tiempo antes. Las lágrimas vertidas por el grillo durante su

Sueño fecundaban la tierra con su sabor salado. Allá, nada parecía resultar tan Fortaleciente como para mitigar su absoluto dolor, ni las frutas silvestres, ni las Bayas extraviadas por el suelo. Y así, transcurrieron varios días con sus Respectivas noches, hasta que el grillo se convirtió en concha de arena fina. En la Playa artificial, el océano patinó su dolor, mojándola una y otra vez, con gran Furia. Hasta siglos después, eliminar el ancestral dolor.”

XIII

Llegaba un horrible momento en nuestra convivencia en que su simple presencia Silenciaba todo mi yo. Ennegreciendo mi alma y oscureciendo mis sentimientos. Imposibilitándome a expresar mis emociones ni a auscultar mis presagios. Su indulgencia y benevolencias eran así de absolutas. Una sensación de fuerte Humedad recorría mi cuerpo cuando ella caminaba por mi espalda como una Hormiga. Una sombra furtiva ya esbozada, definida, coloreada y expuesta, sobre Cerros y valles sin fin, era cada nueva tentativa por alcanzarla.

XIV

Al despuntar el alba, tras vagabundear sin hacer nada, a veces contemplábamos a Los emigrantes de nuestra ciudad deambular, de aquí para allá, sin un destino fijo, Pero casi siempre en la fatigosa busca de cualquier ocupación laboral. Ella me decía:

-Míralos, ¿alcanzas a sentir su nostalgia?

Yo sonreía. Pues me percataba de cómo su acento no manifestaba lugar de Nacimiento concreto. Era algo vacío, hueco, insulso. Quizá parecido al sonido del Cuco en el interior del reloj de madera que había en casa de mis padres, al Anunciar, con monotonía, cada nueva hora. Llovía sobre el cercano rosal muerto Del jardín de unos ricos y ninguno de los dos parecíamos percatarnos. Llegaba el Invierno. Pétalos rotos, llevados por el viento de aquí para allá. Pájaros cantando En la distancia y ratas escondiéndose en las cloacas. Ella miraba a través de los Cristales, con tanta concentración que, por momentos, parecía capaz de prender Una sola de esas finas gotas de lluvia que caían en las palmas de sus manos. Era Delirante. Después, ya al anochecer, tras cenar salmón crudo, extraía con Dificultad las notas de mi viejo violín. Ella me miraba, intentaba sonreír, se Sentaba ante la mesa de madera y, sintiendo unas imposibles ganas de cantar, Mojaba pan en el café. Entonces, la música parecía agarrarnos. Aunque tan sólo

Para ofrecernos su amarga espalda. Posteriormente, caracoles naciendo del rostro
De ella y mis pies semihundidos en un fangal.

XV

En la salita de nuestra chabola, sobre una pila de plástico, ella cortaba mis luengos
Cabellos con unas tijeras oxidadas. Mirada grave, sonrisa leve. No eran pocos los
Trasquilones que me dejaba, pero no me importaba mucho. De repente, ella sentía
Un tremendo sobresalto que se manifestaba en una serie de profundos alaridos
Agudos. Una serpiente bicéfala yacía a sus pies. Desconocía cómo allá podría
Haber aparecido. Era la visión más horrible que jamás había contemplado. Con las
Mismas tijeras, ella no tardaba en matarla. Todavía hoy, aquella visión continúa
Atormentándome. Ignoro absolutamente a qué causa obedecería aquel horror.
Bien podría tratarse de una mutación genética o de una malformación del
Desarrollo embrionario.

XVI

A veces, ella robaba en los huertos cercanos mientras yo dormía. Así los pepinos, Los laureles, los rábanos, las lechugas, el apio y el boniato, crecían sin expresar Una fuerte confianza en el poder de nuestro amor. Desarrollando un mundo propio De agilísimo humor, curiosa erudición y fina ironía. Por tanto, sus poderes Medicinales, sus virtudes culinarias, sus leyendas y poesías, escapaban a nuestro Alcance.

XVII

Nos ataviábamos con suma corrección y delicadeza para asistir al funeral de una Mosca recién muerta. Luz anaranjada. Suelo patinado. Paredes combadas. Ella y Yo mirábamos al suelo. Rezábamos por ella y por nuestro futuro. Jamás supe Cuándo la conocí. O mejor dicho, en qué preciso momento de nuestra existencia Entró. Ella tampoco. Era verde y alta. Como de una época pretérita. Nada nos Tomó ni quitó. Ningún otro invitado había allá. Era gracioso sentir como aquel Presagio que, a partir del otoño, ella manifestó, de manera definitiva tomaba

Lugar. Y nada, absolutamente nada, podíamos hacer excepto seguir el ritual Estipulado.

XVIII

En una madrugada cualquiera, ella rechazaba copular conmigo mediante evidentes Y diversos signos de miedo. De los que se realizan en momentos de Desesperación. Cuando parece resultar absolutamente imposible que un rayo de Bondad tome lugar. Desde hacía mucho tiempo era bien obvio que ella prefería Masturbarse en soledad con sus deditos grasientos. Acariciando su clítoris Mediante un movimiento concéntrico, antes que sentir mi pene friccionar dentro De sí. Haciendo todo mi ser dormitar en absoluto reposo por siempre. Pero jamás Había alcanzado a sentir su negativa de un modo tan veraz y cruel. Por momentos, Para mí, las estrellas dejaban de rodar en lo alto del cielo y los satélites de emitir Sus señales a las centrales de control en la tierra. El mundo se detenía por Completo. Ni una sola palabra suya, de perdón o pérdida, era necesaria. Con la Mímica era más que suficiente. Me escondía y berreaba como un demente. Ella Intentaba consolarme, pero no era capaz. Mi espalda sudaba sangre, mi frente era De latón. Por momentos, era un necio, bruto loco y pobre. Le golpeaba, insultaba E injuriaba. Pero, ¡qué deplorable resultaba hacer un río de nuestra relación!

XIX

Yo tañía el violín, ya sin una cuerda y con un boquete en la caja, a la luz de las Estrellas, frente a la ventana sin marco. Mientras tanto, contemplaba cómo ella Salía y se acercaba a una finca cercana en la que, abrigada por sus maizales, se Mofaba de un espantapájaros, soplándole las orejas, realizándole aspavientos e, Incluso, atreviéndose a escupirle. Por su parte, el espantapájaros resultaba incapaz De hacer otra cosa excepto mantener su rictus de serenidad.

XX

En una fría mañana, tras haber devorado con la voracidad de dos pobres Hambrientos en un banquete nupcial, un poco de leche entera y varias magdalenas Con algo de moho, ella me decía:

-Daniel, ¿sabes que a cuatro mil metros de altura ya no hay colores?

No respondía. Simplemente, asentía como un tonto, mientras acariciaba con Cariño sus cabellos como crines. Desprendiendo algunas de las legañas de sus Somnolientos ojos y, posteriormente, arrojándolas al sucio suelo. Ella comenzaba A besarme como si nada la importase, siquiera sus propios besos. Y es que de

Modo tan primario se manifestaban las mejores intenciones de las que, en nuestra Cotidianeidad, ambos éramos capaces. Poco después, sabiendo de antemano su Complicidad, yo exclamaba:

-¡Vamos a la orilla! ¡Démonos un chapuzón!

De camino, no pocos puentes parecían caer a nuestro atolondrado paso. Cogidos De la mano y silenciosos, resultábamos medianamente felices. Cercanos a los Demás, pero lejanos a nosotros mismos. Parecíamos renacer a cada instante, Aunque tan sólo para personificar las más complejas pasiones del alma. Enseguida, contemplaba su cuerpo zambullirse sobre la hondura del océano.

Era una visión maravillosa. Duraba minutos, horas, días, años, siglos...no

Parecía tener fin. Era como si sus pulmones no precisasen oxígeno. Aleteaba Como una foca. Desprendía colores como una raya. Emitía códigos y sonidos con La dulzura de los delfines. En momento alguno, el sol dejaba de nutrir su piel ni el Agua de espaciarse. Parecía un ser puro. Sin casa que albergase su ser, cuadra por Recorrer o compadre por buscar. Constituida en alma y cuerpo por agua salada y Cristalina. ¡Sus pezones no tardarían en sucumbir ante un horrible deshielo, sus Cabellos en decolorarse, ni sus ojos en verter su hondo penar! Y de repente, de Vuelta a nuestra chabola, era noche cerrada. Corríamos por las colinas. Descendíamos los acantilados. Comíamos girasoles. Profanábamos tumbas. Sudábamos, moqueábamos, berreábamos y llorábamos. Rotundamente ebrios de Placer y felicidad. Pero de pronto, nos deteníamos el uno frente al otro. No Podíamos vernos. Así que comenzábamos a palparnos, bebernos, lamernos y, por

Fin, comernos. Mis dedos eran una linterna. Mientras que, su lengua, un bastón. Penetraba hasta su corazón. Rasgaba sus arterias inofensivas. Descomponía las Piedras de su riñón y, por último, chupaba su sangre verde. Mientras tanto, ella Devoraba mi hígado podrido. Estrujaba mis vasos sanguíneos y desgarraba mis Tendones yermos. Minutos después, ya en nuestro camastro, siendo presa de un Terrible miedo a la oscuridad, reíamos a la luna como niños.

XXI

Con el estúpido fin de comprobar sí las declaraciones de amor, los corazones de Tiza, las firmas a navaja y los graffiti permanecían allí, un día anodino fuimos a Visitar el orfanato en que ella se crió. Pese a que el edificio estaba casi destruido, Todo esto permanecía allí. Avivando el recuerdo y el odio que ella sentía desde Niña. Algunas firmas estaban escritas en trazos amplios y abruptos. Como la Escritura cuneiforme del escriba. Mientras que algunos dibujos habían sido Descolorados hasta perder sus formas primigenias. Ella no podía evitar pensar Qué demonios significaban ahora esas frases tan abstractas. Ni qué motivación Podría albergar en su interior aquel que la escribiese. Deslizaba sus nudillos sobre La pared de ladrillo hasta sangrar. Y, como cuando los niños juegan en el patio

Del colegio durante la media hora del recreo, sentía el tiempo correr hacia ningún Lugar.

XXII

Dos meses después, ya en el invierno pleno, consumiéndonos en el asfalto, el frío Y la polución de nuestra moderna ciudad, ella yacía envuelta en periódicos Atrasados. Que mediante fotos y textos horribles, pretendían explicar dónde se Encuentra el límite de la pasión, el origen del deseo, el equilibrio de la locura. Nos Mirábamos a los ojos, sonreíamos y nos abrazábamos. Segundos después, ella Cogía un libro de un cubo de basura con la portada en blanco, lo abría por una Página cualquiera y, como si fuesen sus propias palabras, decía:

“Tras cortar el cordón umbilical de aquel trágico silencio, mediante un sueño de Una fuerza arrebatadora, yo sola me sumergí en una espiral de pasos perdidos, Huellas borradas y condenas a lluvia por pura deslealtad respecto a mi propio Pasado. Sumida por su arrebatadora fuerza, las inquietudes más íntimas de mi Alma no tardaron en convertirse en un vano esfuerzo por preservar mi integridad. Seguramente, en torno a un encuentro imposible, en que la absoluta claridad de Mi desencanto, me sometía tanto a reeducar mis sentidos, así como a modificar Todas las impresiones almacenadas en mi retina, desde hacía tiempo”

No tardaba en cerrar el libro y silenciar su boca. Enseguida, entre ambos, se formaba por sí sólo un silencio negro. Que tardaba en fundir su figura a la mía esclava.

XXIII

El casquillo de la bombilla de la cocina se fundía. Era enero. Las navidades habían pasado y ninguno de los dos se había percatado. Básicamente, porque no había nada que celebrar. Ella velaba algunos retratos míos recientes en el cuarto. Mientras tanto, yo me masturbaba en el baño. Quizá el placer resultase mucho más intenso en aquella atormentadora soledad que, penetrándola o, incluso, a cualquier otra persona. Era horrible. Mi pene era de mármol frío, oscuro, con vetas amarillentas, de grano indecible. Mi mano se sentía muy perdida e inquieta ante su eternidad. El frío de la oscuridad me abrigaba. No tardaba en pedirla:

-Háblame de tu pasado, tu familia, los hoteles, los amantes, la lluvia...Y por favor, también del orfanato.

-Yo no tengo pasado, pues recuerdo todo con demasiada verdad. Quizá tú seas el motivo de tal pérdida, aunque no puedo asegurarlo-algo insegura, ella contestaba.

-¿Eso significa que no tardarás en olvidarme?-preguntaba sinceramente.

-Con azúcar, con cariño y con arena-secamente sentenciaba.

-Vale-concluía.

XXIV

Anoche, cogidos de la mano, contemplábamos a dos polluelos desprenderse de sus respectivos caparazones. Para así, volver a nacer. Pateaban, gritaban y, por fin, aleteaban. Uno era amarillo, el otro verde. Nosotros reíamos. Pero, no obstante, no tardamos en alejarnos, aunque mucho me temo que tan sólo para, en el futuro negociable, fundirnos en uno sólo. Anónimo, negro y rico.

